

La última sesión de Freud

Por Mark St. Germain – Inspirado en “La cuestión de Dios” por Armand M. Nicholi, Jr.

*Traducción del inglés: Susana Carolina Zilberberg
Con la colaboración de Javier Antonio Velázquez Zilberberg*

Personajes

Sigmund Freud, 83 años
C.S. Lewis, 40 años

Fecha

3 de septiembre de 1939

Lugar

El estudio de Freud ubicado en la calle Maresfield Gardens 20, Hampstead, Londres.

3 de Septiembre de 1939, de mañana. Mientras las luces se atenúan, se escucha la voz de un locutor de la BBC.

Locutor de la BBC: No hay ninguna respuesta oficial al ultimátum del primer ministro de que todas las tropas sean inmediatamente retiradas de Polonia. El Ministerio alemán continúa sosteniendo la reclamación del Canciller Hitler de que el estado polaco ha ignorado todas las ofertas de solución pacífica y se niega a respetar las fronteras del Reich. *(El estudio se ilumina lentamente. La habitación está llena de libros, las paredes, con obras de arte. El Dr. Freud está sentado detrás de su escritorio, escuchando su radio. El escritorio está abarrotado de antigüedades de todo el mundo: relieves, estatuas y bustos. Una silla de cuero está frente al escritorio del doctor. En el fondo del escenario, un diván, cubierto por una colcha ricamente bordada).* Se espera que Chamberlain, el Primer Ministro, se dirija a la Nación en breve. Se interrumpirá la programación normal para transmitirlo. *(Sonido de ladridos de perro fuera de escena).* Acabamos de recibir la confirmación de que tropas eslovacas se han unido a la invasión germana. *(Freud apaga su radio. Le habla fuera de escena a su perro Jofi, que continúa ladrando)*

Freud: ¡JoFi! ¿Estás escuchando llegar a alguien? ¡Perro inteligente! ¡Ven aquí, JoFi!¹ ¡Corre hacia papá! *(un ladrido. Ningún perro)* O sólo siéntate allí. *(Sonido de timbre. Freud mira su reloj y sale. Fuera de escena, abre la puerta del frente).*

Lewis: *(Fuera de escena)* Doctor Freud, soy el profesor Lewis.

Freud: *(Fuera de escena)* Buenos días, profesor

Lewis: *(Fuera de escena)* Buenos días.

Freud: *(Fuera de escena)* Lo había dado por perdido. Pase por acá, podemos charlar en mi estudio. *(Freud entra seguido de Lewis)*

Lewis: Siento terriblemente llegar tan tarde.

Freud: Si no tuviera 83 le diría que no importa.

Lewis: Los horarios de trenes son inútiles con las evacuaciones. Todos los trenes salen de Londres, no vienen aquí. Vi pasar vagón tras vagón a través de la estación Oxford con niños que están siendo llevados al campo. Están vaciando hospitales también.

Freud: Y las prisiones.

Lewis: ¿De verdad?

Freud: Los ataques aéreos son probables en todas partes. Miles de convictos cerca del final de sus sentencias están siendo liberados.

Lewis: ¿Ha estado escuchando la radio?

Freud: Sí. Creo que es conveniente estar advertido antes de ser bombardeado. Se espera que Chamberlain haga un anuncio. Debo decirle que mi doctor estará llegando pronto por lo que nuestra visita debe ser breve. Déme su abrigo. Mi esposa y nuestra ama de llaves están fuera comprando todos los productos enlatados que puedan encontrar. Debemos prepararnos para lo peor. *(Freud toma el abrigo de Lewis. Lewis saca una pequeña caja de cartón de su bolsillo)*

Lewis: Por supuesto. Quizás bajo estas circunstancias deberíamos posponerla.

Freud: ¿Hasta cuándo profesor? ¿Usted confía en que hay mañana? Yo no. *(Freud sale con el abrigo de Lewis, sonido de Jofi ladrando)*

Lewis: ¿Qué clase de perro es?

Freud: *(Fuera de escena)* Una chow chow. Está conmigo a lo largo de todas mis sesiones. *(Freud regresa)* Es mi barómetro emocional. Si un paciente está calmo, él se echa a mis pies. Pero si un paciente está agitado, Jofi está a mi lado y nunca quita sus ojos del paciente.

Lewis: Entonces ¿qué tengo que pensar de él huyendo de mi vista?

Freud: Él insiste mucho en la puntualidad, también.

Lewis: Ya veo. ¡Qué maravilloso estudio!

Freud: Mi hija Anna la decoró de modo de hacer una réplica de mi oficina en Viena.

Lewis: *(Mira a través de las puertas de cristal)* Tiene una hermosa vista.

Freud: El jardín, sí. Cuando miré hacia fuera de mi ventana en mi hogar, sólo vi nazis quemando mis libros. Por favor, siéntese. *(Lewis fija la mirada en el famoso diván de Freud. Freud le indica la silla delante de su escritorio).* No ahí. Aquí.

Lewis: Gracias.

Freud: Ya que tenemos poco tiempo quizás debamos hablar sobre la razón por la que le escribí.

¹ Jofi es una palabra hebrea que significa "belleza" y en lengua vernácula israelí es una palabra de elogio como "chévere" en español

Lewis: Uno de mis libros.

Freud: Ah! ¿Usted ha escrito más de uno?

Lewis: Creo que es “El regreso del peregrino” el que lo ha ofendido.²

Freud: ¿Ofendido?

Lewis: Sí, el que lo satirizó con el personaje de Sigismundo³. Su grandilocuente prepotencia, el lanzamiento del peregrino al gigante porque él no puede soportar ser contradicho. (*Pausa. Freud no responde*) Mi descripción de usted como un hombre viejo, superficial e ignorante fue un tanto excesiva. Pero siento que cuando ponemos nuestra filosofía de vida ante el público debemos esperar que el público reaccione.

Freud: Como debieran

Lewis: Discúlpeme si usted tomó esto como un ataque personal. Pero no puedo disculparme por discrepar con su visión del mundo cuando ésta contradice completamente la mía.

Freud: ¿Cuál es?

Lewis: Que hay un Dios. Que un hombre no tiene que ser un imbécil para creer en Él. Y que los débiles mentales que lo hacemos, no estamos, como usted afirma, padeciendo de una patética “neurosis obsesiva”.

Freud: (*Hace una pausa*) No leí su libro.

Lewis: ¿No?

Freud: El Dr. Eric Larson, un querido amigo de Cambridge, comparte mi pasión por la antigua literatura inglesa. Cuando su tributo a “El progreso del peregrino” apareció, él me hizo un completo informe.⁴

Lewis: Que yo lo había atacado despiadadamente.

Freud: Profesor Lewis, fui atacado despiadadamente toda mi vida. No se decepcione porque la creación de un personaje caricaturesco llamado Sigismundo no me dejara postrado en la cama. Pero debo preguntar: si supone que estaba tan ofendido, ¿por qué vino de todos modos?

Lewis: Tenía curiosidad de conocerlo.

Freud: ¿Incluso si desestima mi trabajo?

Lewis: No todo, ciertamente. Sus escritos siempre hacen pensar. Cuando era estudiante en la Universidad nos devorábamos cada libro para descubrir nuestras últimas perversiones.

Freud: Espero que las haya descubierto.

Lewis: Lo hicimos. Luego competimos para inventar peores.

Freud: Usted disfruta usando el humor.

Lewis: Yo debato con mis estudiantes diariamente. El humor, a menudo, puede inclinar la balanza.

Freud: ¿Está pensando, aunque sea inconscientemente, que debatir es la razón por la que está aquí?

Lewis: Veo que no hay ninguna diferencia. No elegí el sofá. Ya que usted me invitó, tal vez, deba decirme por qué

Freud: Aunque no he leído “El regreso del peregrino”, me gustó su ensayo sobre “El paraíso perdido”. Muy bien escrito con muchas observaciones originales. “El paraíso perdido” es mi libro favorito⁵. Muchos años atrás, cuando estaba separado de mi futura esposa, me dio gran consuelo.

Lewis: ¿Se sintió consolado por un conflicto entre Dios y Satanás?

Freud: No dije de qué lado estuve. Pero Milton le da a Satanás su mejor poesía, ¿no es cierto? ¿Té?

Lewis: No, gracias.

Freud: Bueno, seguro que está frío ahora. ¿Agua?

Lewis: No. (*Freud se sirve un vaso de agua*)

Freud: Ambos estamos de acuerdo en que Satanás es una creación brillante. Puede ser culpado de todo lo que está mal en el mundo tan convenientemente como Hitler culpa a los judíos. Él es un maestro. (*Freud comienza a toser*) Él... (*la tos se incrementa violentamente. Freud toca su boca en lo que parece un intento por ajustar sus dientes. Preocupado, Lewis se levanta pero Freud levanta su mano como para advertirle que se mantenga lejos. Freud toma un trago de agua y la tos se detiene*)

Lewis: ¿Puedo alcanzarle algo? (*Freud sacude su cabeza negando, toma aire y usa su dedo para mantener la prótesis en su lugar*)

² “The Pilgrim’s regress” (El regreso del peregrino), by C.S. Lewis 1933

³ Mr. Sigismund Enlightenment (personaje de “El regreso del Peregrino”) que personifica al Freudismo.

⁴ The Pilgrim’s Progress -1678- (El progreso del peregrino) libro de John Bunyan en el que se inspiró Lewis al escribir “El regreso del peregrino”

⁵ El paraíso perdido es un poema narrativo de John Milton publicado en 1667. Se lo considera un clásico de la literatura inglesa. Es una epopeya acerca del tema bíblico de la caída de Adán y Eva. Trata del problema del mal y el sufrimiento respondiendo a la pregunta de por qué un Dios bueno y todopoderoso decide permitirlos cuando le sería fácil evitarlos.

Freud: Tengo cáncer de boca. Obligó a que me fuera quitada mi mandíbula superior y mi paladar de la boca. Lo que le puede parecer a usted un mal montaje de la dentadura es una prótesis que aísla mi paladar de mi cavidad nasal. Pero siempre hay abrasión. Y el olor es claramente espantoso.

Lewis: No lo huelo.

Freud: Usted está siendo amable. (*Pausa*) Jofi no huyó de usted sino de mí. El olor a carne podrida.

Lewis: Debe ser terriblemente doloroso.

Freud: Más aún cuando hablo. Pero como ve, que no hable es improbable. (*Freud va hacia la radio*) Son cerca de las once. Chamberlain debería estar hablando. ¿Le importa?

Lewis: Por supuesto que no. (*Freud enciende la radio. Se escucha música clásica*)

Freud: No todavía. (*Freud la apaga*) Mi amigo Larson conoce un colega suyo, profesor Tolkien

Lewis: Somos amigos íntimos.

Freud: Él hablo sobre “Inklings”.⁶

Lewis: Así es como llamamos nuestro grupo literario en Oxford. Escritores en su mayoría, hablamos sobre la obra de cada uno.

Freud: Literatura fantástica.

Lewis: A menudo, sí.

Freud: He pasado gran parte de mi vida estudiando fantasías. En el tiempo que me queda estoy decidido a entender todo lo que pueda sobre la realidad. Por lo que sé usted tiene una inteligencia superior y un talento para el razonamiento analítico. Larson dijo que incluso comparte mi creencia de que el concepto de un creador era evidentemente infantil hasta hace poco tiempo.

Lewis: Es correcto.

Freud: Luego es cierto, como San Pablo, usted es la víctima de una experiencia de conversión o una psicosis alucinatoria.

Lewis: San Pablo fue alcanzado por un rayo mientras montaba su caballo, camino a Damasco. Yo fui alcanzado por un pensamiento en el sidecar⁷ de la moto de mi hermano en camino al zoológico. No es tan dramático.

Freud: En su opinión.

Lewis: Cuando salí, yo no creía que Jesucristo sea el hijo de Dios. Cuando llegué, sí. Fue así de simple.

Freud: Las cosas son simples sólo cuando elige no examinarlas.

Lewis: Cuestiono mis creencias diariamente. Y debo decir, nunca he conocido un no creyente que hiciera tanto esfuerzo tratando de desacreditar la existencia de Dios. Si yo fuera psicoanalista, estas protestas interminables me intrigarían.

Freud: Si usted fuera psicoanalista, se preocuparía por qué alguien prefiere acurrucarse en un sidecar antes que montar la motocicleta.

Lewis: La respuesta decepcionante es que no puedo conducir.

Freud: Ya que es una habilidad que he visto a osos demostrar en el circo, debo suponer que podría pero por alguna razón elige no hacerlo. No importa, usted tiene razón sobre mi preocupación con la religión. ¿Ha leído mi último libro?

Lewis: Lo intenté pero mi vendedor los tiene agotados. Pero entiendo que ha realizado algunas afirmaciones provocadoras.

Freud: Suposiciones.

Lewis: ¿Qué Moisés no era judío pero sí egipcio? ¿Qué Dios nunca eligió al Pueblo Elegido pero Moisés sí? ¿Y que después de conducirlos a la Tierra Prometida ellos lo mataron por eso?

Freud: No por eso. Por su dogma arrogante o su insistencia en que todos los hombres sean circuncidados.

Lewis: Apostaría a lo segundo.

Freud: Mi conjetura es que asesinar a Moisés obligó a los israelitas a enterrar su culpabilidad bajo el camuflaje de la religiosidad, incluso hasta el día de hoy.

Lewis: No es de extrañar que su libro esté vendiéndose tan bien. Los judíos deben estar haciendo fila para hacerlo pedacitos..

⁶ The Inklings (1930) -juego de palabras que bien puede ser traducido como “los que mojan la pluma en tinta”- Eran un cenáculo de académicos y escritores ingleses vinculados a la Universidad de Oxford, de creencias cristianas. Muchos llevaban sus ensayos de obras para leerlos en voz alta y obtener una crítica constructiva, se han debatido así obras como Las Crónicas de Narnia y El Señor de los Anillos.

⁷ Un sidecar (vehículo lateral) es un vehículo de una rueda enganchado al costado de una motocicleta, generando un vehículo de motor de tres ruedas con capacidad de transportar una persona más.

Freud: Y yo. Pero los judíos deberán esperar su turno detrás de mi mayor enemiga: la Iglesia romana católica.

Lewis: Doctor, seré el primero en admitir que el mayor problema con la Cristiandad son los cristianos. Pero usted no puede reducir una fe a una institución.

Freud: He pasado mi vida en “instituciones”. Religiosas o seculares, están gobernadas por autócratas que insisten en que su visión de la realidad es superior a la de todos los que dominan. Digo la verdad no importa a quien enfurezca.

Lewis: ¿Disfruta enfureciéndolos?

Freud: Disfruto provocando la discusión, como la nuestra.

Lewis: Pero ¿acaso por qué tener una si usted está satisfecho en su incredulidad? Ha insistido toda su vida en que el concepto mismo de Dios es absurdo. Pero ahora, quizás con su enfermedad...

Freud: Mi enfermedad es irrelevante. No le tengo miedo a la muerte ni paciencia para la propaganda.

Lewis: Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Freud: Por una razón. Quiero saber por qué un hombre de su intelecto, uno que compartió mis convicciones, pudo de repente abandonar la verdad y abrazar una mentira insidiosa.

Lewis: ¿Qué si no es una mentira? ¿Ha considerado cuan aterrador podría ser darse cuenta de que está equivocado?

Freud: No más aterrador de lo que podría ser para usted. Profesor Lewis... (*El teléfono suena; Freud contesta*)

Freud: Hola, sí, Anna... ¡Oh, gracias! (*Freud cuelga, enciende la radio*) Chamberlain.

Neville Chamberlain: ...hasta último momento hubiera sido posible haber arreglado una solución pacífica y honorable entre Alemania y Polonia, pero Hitler no quiso... Su acción muestra convincentemente que no hay ninguna posibilidad de esperar que este hombre vaya a dejar de usar la fuerza para hacer su voluntad. Sólo puede ser detenido por la fuerza. Ahora que Dios los bendiga a todos. Pueda Él defender la razón. Es contra el mal que vamos a combatir –la fuerza bruta, la mala fe, la injusticia, la opresión y la persecución - y contra ellos, estoy seguro, de que el derecho prevalecerá”.

Locutor de la BBC: Escucharon la transmisión desde la calle Downing 10..⁸ (*Freud apaga la radio*)

Freud: Así comienza...

Lewis: De nuevo.

Freud: Agradezco a su Dios que me bendice con cáncer y no estaré aquí para ver otra (*el teléfono suena*) Discúlpeme. (*Levanta el teléfono*) Sí, escucho. No, da tu conferencia, tus estudiantes te necesitarán...El doctor Schur estará acá en media hora... ¿Quién podría descansar ahora? Bien. Hablaremos luego. (*Freud cuelga*) Mi hija Anna. He subestimado a Hitler. Pensé que estaría satisfecho luego de tratar con crueldad a Austria.

Lewis: ¿Cuánto tiempo hace que la dejó?

Freud: Un año y cuatro meses. Los *camisa-marrones*⁹ derrumbaron nuestra puerta para arrestarme y llevarme para ser interrogado. Anna insistió en que yo estaba muy enfermo, que ella iría en mi lugar. Yo me negué pero ellos la llevaron de todos modos. Doce horas estuvo desaparecida. Doce horas en las que tuve la certeza de haberla perdido. Cuando fue liberada, soborné a todo el que fuera necesario para dejar el país inmediatamente. Me hizo falta una tragedia para ver el monstruo que es Hitler.

Lewis: La historia está llena de monstruos. Y sin embargo, de alguna manera sobrevivimos.

Freud: Para darle la bienvenida al próximo monstruo. El físico del hombre mismo evoluciona, como mi santo personal, Charles Darwin, ha demostrado. Pero no el carácter del hombre. Nosotros no podemos sobrevivir sin enemigos. Son tan necesarios como el aire. Hitler eligió sabiamente un objetivo familiar. Los judíos son infrahumanos, son parásitos que nunca han hecho una contribución a la civilización. Una afirmación tan ridícula que la gente debería estar indignada, pero en cambio lo aclaman.

Lewis: No todos.

Freud: No aún. Pero Hitler aprende de la historia. El mayor aliado de un guerrero siempre es Dios. Cuando Hitler afirma que el aniquilamiento de los judíos es la voluntad del Señor, recluta un ejército que adora a los dos.

Lewis: Hay otro modo de verlo. Siendo Hitler el mal mismo, él puede convertirse en instrumento para el bien.

⁸ 10 Downing Street: residencia oficial y oficina de trabajo del Primer Ministro del Reino Unido.

⁹ Miembros de las SA

Freud: ¿Cómo es eso?

Lewis: Sus acciones despreciables refuerzan la necesidad de lo opuesto. El hombre bueno sirve a Dios como su hijo amoroso mientras que el hombre malo sirve a Dios como su instrumento.

Freud: Así que mientras Hitler golpea, Dios espera ver quién sobrevive a sus golpes.

Lewis: Tenemos que comenzar a aceptar que hay una ley moral en proceso.

Freud: No lo acepto. No hay ley moral, sólo nuestro débil intento por controlar el caos.

Lewis: Los códigos morales han existido a través del tiempo. Dígame una civilización que haya admirado el robo o la cobardía. La humanidad nunca ha premiado el egoísmo.

Freud: El egoísmo se premia a sí mismo.

Lewis: ¿Entonces los Nazis tienen razón en sus acciones?

Freud: Por supuesto que no.

Lewis: Entonces hay una moralidad con la que usted los está comparando. Un hombre no puede llamar torcida a una línea a menos que él sepa lo que es una línea recta.

Freud: ¡Ah! Moralidad geométrica.

Lewis: La conciencia moral es algo con lo que nacemos. Crece con nosotros. Cuando era más joven, pensaba en el bien y el mal tanto como el mono piensa en Beethoven.

Freud: Y esta “conciencia” es una creación de Dios.

Lewis: Sí.

Freud: Aja. Me estoy riendo. Usted podría sostener que Dios hizo un trabajo adecuado con la puesta de sol, pero en cuanto a la conciencia fracasó completamente. Lo que usted llama conciencia se trata de comportamientos adoctrinados en los niños por sus padres. Estos se convierten en severísimas inhibiciones con las que ellos luchan todas sus vidas.

Lewis: A menos que usted los rescate con el psicoanálisis. Libérelos de sus represiones previamente conocidas como el bien y el mal. El concepto de la vergüenza, por ejemplo, es una cosa del pasado.

Freud: ¿Usted piensa que la vergüenza es una cosa buena?

Lewis: ¡Me encantaría ver más de eso! Admitir el mal comportamiento no la excusa.

Freud: ¡Ojala nos hubiéramos conocido años atrás!, habría escuchado los pecados de mis pacientes, luego dicho que cayeran de rodillas y pidieran la absolución. El psicoanálisis no profesa la arrogancia de la religión, gracias a Dios.

Lewis: *(Pausa)* ¿Qué dijo?

Freud: Un mal hábito. He tratado de quitármelo toda mi vida. “Gracias a Dios”, “Con la gracia de Dios”, “Que Dios nos ayude”. Fui criado por una niñera católica romana devota quien me arrastraba a la iglesia todos los domingos. Aprendí la genuflexión, a hacer la señal de la cruz, todas las neurosis obsesivas. Me enseñó las historias del Nuevo Testamento. Mi padre, un judío ortodoxo, me leyó el Antiguo Testamento en voz alta. No tenía escapatoria.

Lewis: Tampoco aquí. Mi abuelo era vicario de nuestra iglesia local. Predicaba sermones que no terminaban nunca porque paraba para llorar. Mi hermano y yo nos empujábamos el uno al otro para evitar reírnos.

Freud: Su padre, ¿era también religioso?

Lewis: Él diría que lo era aunque yo pienso que lo que más adoraba era la austeridad. Criarnos como jóvenes caballeros lo más barato posible. Veo adónde me conduce. Doctor, como no querrá ser sorprendido, yo le tenía intensa aversión a mi padre. Era un hombre egoísta y enfadado, especialmente después de la muerte de mi madre.

Freud: ¿Cuántos años tenía usted entonces?

Lewis: Nueve. *(Pausa)* Pienso que era imposible para él tener el tipo de relación que nos hubiera dado a todos nosotros la consolación que necesitábamos.

Freud: ¿Y sus sentimientos respecto de su muerte?

Lewis: Ahora, lo veo como un hombre dañado. Entonces, sólo como un tirano.

Freud: Entonces, ¿niega que su deseo de buscar a Dios fuera una búsqueda de una figura paterna ideal?

Lewis: *(Lewis sonríe, luego mira el diván de Freud)* No hay forma de evitarlo, ¿no es cierto? Sí, lo niego. La mayor parte de mi vida deseé que no hubiera ningún Dios. No quería a otro padre. Fue su fe lo que me llevó lejos de la religión. Recibí el sacramento de la confirmación en total incredulidad porque temía a mi padre tanto como lo detestaba.

Freud: Una dinámica normal padre-hijo. La adoración infantil se convierte en la realización de sus debilidades, luego el deseo de desplazarlo.

Lewis: Estoy de acuerdo.

Freud: Bien. Usted aprendió algo de mis libros.

Lewis: Supongo, entonces, entendiendo esto, que usted tuvo una cálida relación con su propio padre...

Freud: Lo desprecié desde el comienzo. Él fue, en el mejor de los casos, una amarga decepción.

Lewis: (*Dándole palmaditas al diván*) ¿Le gustaría sentarse? (*Freud lo hace pero se sienta en la silla del analista*)

Freud: La mayor influencia de mi padre hizo que me diera cuenta quién no debía ser. Cuando era un niño, íbamos los dos caminando por la calle cuando un hombre tiró el sombrero de mi padre. El hombre le gritó “¡Judío, sal de la vereda!” Mi padre lo hizo y levantó el sombrero del barro. No dijo nada. No hizo nada. En ese momento, aún hoy, no sé a cuál de los dos detesté más.

Lewis: La misma ira que usted siente hacia un Dios que no hace nada. El deseo de que Dios no exista puede ser tan poderoso como la creencia. Él existe. Diría incluso que elegir no creer puede ser la evidencia más sólida de su existencia, ya que tienes que ser consciente de lo que está negando.

Freud: Niego la existencia de los unicornios. ¿Por eso existen?

Lewis: ¿Experimenta algún apasionado deseo de que existan? Ninguno de nosotros nacemos con deseos a menos que la satisfacción de ellos exista.

Freud: No es verdad.

Lewis: Lo es.

Freud: ¿Un ejemplo?

Lewis: Un bebé siente hambre; bueno, hay alimento. Un patito quiere nadar, el agua existe para hacerlo. Entonces, si encuentro dentro de mí mismo un deseo que ninguna experiencia de este mundo pueda satisfacer, lo más probable es que fui hecho en otro mundo.

Freud: Acaba de abandonar hechos por cuentos de hadas. Nuestros más profundos deseos nunca son satisfechos ni incluso identificados. En alemán lo llamamos *sehnsucht*, nostalgia. Por años la he sentido. Un fuerte deseo de caminar en el bosque con mi padre, tal como lo hacía cuando era joven. Él solía sostener mi mano pero yo siempre me soltaba y corría alejándome tan rápido como podía en lo profundo del bosque.

Lewis: ¿Hacia dónde corría?

Freud: Quizás corría para estar solo o para escapar de mi padre. Sólo sé que el deseo era incontenible.

Lewis: Yo llamo a ese deseo alegría.

Freud: ...alegría...

Lewis: No conozco una mejor palabra para eso. La sentí la primera vez a través de una suerte de bosque también.

Freud: ¿Sí?

Lewis: No tenía todavía seis años. Mi hermano Warren trajo una caja de masitas a la guardería que él había decorado con musgo y ramitas, pequeñas piedritas y flores. Un bosque de juguete. Pensé que era la cosa más hermosa que jamás había visto. Aún lo pienso. Al momento de verla, me creó un deseo que nunca sentí antes.

Freud: Vivir en un pequeñito Edén con un Dios pequeñito.

Lewis: Dios nunca entró en mi mente.

Freud: Y esa alegría usted la equipara con un deseo intrínseco por un creador.

Lewis: Sí.

Freud: Usted fue conducido a Dios por una lata de masitas.

Lewis: Necesité más que eso. Era el más reacio converso en Inglaterra. No había nada a lo que le tuviera mayor odio que a que me dijeran qué hacer. Ese fue la maravillosa atracción del ateísmo: satisfizo mi deseo de ser dejado solo. El Dios de la Biblia es un metiche intimidatorio.

Freud: Exactamente.

Lewis: Luego, casi por accidente, leí un libro de G. K. Chesterton, “El hombre eterno”¹⁰. ¿Lo ha leído?

Freud: Chesterton ha hablado críticamente de mí, por lo que su inteligencia es claramente dudosa.

Lewis: Estoy seguro. Pero, desafortunadamente, cuando estuve en el hospital durante la guerra, su libro fue el único a mi alrededor.

Freud: ¿Usted peleó en la guerra?

Lewis: Sí. La infantería Somerset Light.

Freud: ¿Por qué estuvo hospitalizado?

Lewis: Nada muy serio.

¹⁰ The Everlasting Man, ensayo histórico sobre la humanidad, Cristo y el Cristianismo, de G. K. Chesterton, publicado en 1925.

Freud: ¿Realmente? ¿La armada británica da vacaciones?

Lewis: Comparado con estar en el campo, el hospital fue estar de vacaciones. Pero no el libro de Chesterton. No sólo fue un buen escritor, sino que sus argumentos tenían una lógica irritante.

Freud: ¿Lógica?

Lewis: Él comienza con una historia. Un joven que vive en una granja decide ir en busca de la sepultura del legendario gigante. El escala una montaña, luego se da vuelta para ver su granja debajo. Lo que ve desde la distancia es que su propia casa está construida sobre un terreno que lleva las marcas de una figura enorme. Él había vivido siempre justo en la cima de la tumba del gigante pero estaba demasiado cerca para reconocerla. Chesterton dice que hay dos caminos para conocer a la cristiandad: vivir dentro de ella o estar suficientemente lejos para verla como realmente es.

Freud: (*Encogiéndose de hombros*) Un niño y un gigante: una narración simplista, como toda la teología.

Lewis: Es una metáfora: los cimientos sobre los que construye sus argumentos, en base a criterios racionales, históricos.

Freud: Imposible. Dios no puede ser probado históricamente.

Lewis: Exactamente lo que pensé. Lo que me permitió sacar a Chesterton de mi mente por años. Hasta que tuve dos conversaciones muy diferentes que me forzaron a reconsiderarlo. Una con Tolkien, un devoto creyente, y la otra con T.J. Weldon, un rabino ateo. Yo lo había invitado a Weldon (*suena la explosión de una sirena de ataque aéreo. Tanto Lewis como Freud se levantan gritando por sobre ella*) ¿¿¿Tiene usted una bodega???

Freud: ¡¡No!!

Lewis: ¿Hay algún refugio cerca?

Freud: ¡El sótano de la iglesia! (*Freud le muestra a Lewis a través de la ventana*) ¡Mire, la puede ver desde aquí! ¡Vaya ahora!

Lewis: ¡Venga conmigo!

Freud: ¡No puedo llegar tan lejos!

Lewis: ¡Lo ayudaré!

Freud: ¡No, insisto! ¡Vaya, apúrese!

Lewis: Me quedo. ¡Apague las luces! (*Freud apaga la luz de su escritorio, Lewis la de la mesa*)

Freud: ¡La radio! Podemos escuchar... (*Freud enciende la radio pero no puede superar el volumen de la sirena. Lewis divisa la caja de cartón que trajo consigo*)

Lewis: ¡Máscaras de gas! ¿Usted tiene una?

Freud: ¡Aquí! (*Freud abre el cajón de su escritorio mientras Lewis saca la suya de su propia caja. Es verde oscura con un largo tubo filtrador. Mientras se lo pone, la sirena se detiene. El locutor de la BBC se oye a todo volumen*)

Locutor de la BBC: ... pero no hay ataque. ¡La sirena de ataque aéreo que acaban de escuchar es una falsa alarma! No se sabe cuál es la causa. Repito, se recomienda a todo el mundo permanecer en sus casas y... (*Freud apaga la radio y lo mira a Lewis quien se ha desmoronado en una silla*)

Freud: ¿Está usted bien?

Lewis: Cuando oí la sirena, estuve de regreso allí. El olor de los explosivos. Cuerpos a mi alrededor, hombres horriblemente reventados tratando de moverse todavía como escarabajos medio aplastados. Bombas como granizo. Mi amigo estallando tres metros en frente de mí. Nunca sentí la metralla. Sólo él, pedazos de él, golpeando mi pecho, mi cara.

Freud: ¿Cuán gravemente fue herido usted?

Lewis: Fragmentos de proyectil en mi pierna izquierda, en mi muñeca. Uno en mi pecho. Está todavía ahí. Muy cerca de mi corazón para quitarlo. “La guerra para terminar todas las guerras”¹¹. Nunca será así.

Freud: Creo que sí, algún día. Fue encomiable de parte suya quedarse conmigo, pero debe prometerme que nunca se pondrá en peligro por mí.

Lewis: No tuve tiempo de pensar en eso. En momentos como estos reaccionamos por instinto. (*Freud se para frente a la luz que apagó*)

Freud: Como gritar para apagar las luces...

Lewis: ¿Perdón? (*Freud enciende su lámpara. No hay diferencia en la iluminación. Hace gestos señalando la habitación perfectamente iluminada por la luz del día*)

Freud: Apagar las luces funciona mejor cuando está oscuro afuera.

¹¹ Frase de Woodrow Wilson -un autoproclamado pacifista- refiriéndose a la 2ª Guerra Mundial.

Lewis: Sí. Quizás debería haber gritado “cierre sus ojos así los alemanes no nos verán”. (*Freud mira su máscara de gas*)

Freud: Los chicos de nuestra calle aman estas máscaras de gas. Las cambian por los colores diferentes. La hija de mi vecino los llama “Mickey Mouses”.

Lewis: Los muchachos también las aman. ¿Los ha visto hacer esto? (*Lewis sopla dentro de la máscara de gas provocando el sonido del paso del gas*) Ellos hacen concursos.

Freud: Entonces estarían impresionados con Joseph Pujol.

Lewis: ¿Quién es ese?

Freud: Pujol se llama a sí mismo “Le Petomane”. El gran tirapedos.

Lewis: Usted no está hablando en serio.

Freud: Completamente. Lo vi en París, en el Molino Rojo. Pujol pedorreaba sonidos de cañón y tormentas eléctricas. Él interpretó “O sole mío” a través de un tubo en su ano y luego le dio una pitada a un cigarrillo. En el bis, ¡apagó una vela a través del escenario! (*Lewis se ríe*) Todos lo ovacionaron excepto quienes se desmayaron de la risa.

Lewis: Puedo imaginarlo.

Freud: Y así es como olvidamos.

Lewis: ¿Discúlpeme?

Freud: La defensa del humor. Nuestros cerebros no pueden resistir el horror, nos inmovilizaría. Debemos continuar. Divagar para quebrar el dominio del horror.

Lewis: Su teoría del alivio.

Freud: ¿La conoce?

Lewis: Leí su libro sobre el chiste¹². Nosotros, los ingleses, tomamos nuestro humor muy seriamente.

Freud: El humor inglés es todavía un idioma extranjero para mí.

Lewis: Estoy de acuerdo. (*Freud lo mira*) Usted dijo muchas cosas importantes y sólidas, por supuesto. Pero sus ejemplos de humor...

Freud: ¿Sí?

Lewis: Eran algo impasibles. Los ejemplos eran como ranas muertas clavadas, luego disecadas.

Freud: ¿Está usted diciendo que mi metodología tenía puntos débiles?

Lewis: No. Sus chistes; no fueron divertidos.

Freud: No estoy de acuerdo. Elegí ejemplos clásicos.

Lewis: Déjeme pensar (*Pausa*) ¿No era este uno? Dos judíos se encuentran en la estación de trenes. ¿Adónde vas?, pregunta el primero. A Cracovia, dice el segundo. El primero le dice “¡Pero mira qué mentiroso eres! Cuando dices que viajas a Cracovia me quieres hacer creer que viajas realmente a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?”. Ese es el chiste.

Freud: (*Freud disfruta del chiste*) ¡Sí! Un ejemplo de humor escéptico.

Lewis: Tan divertido como un ahorcamiento.

Freud: Lo que es divertido es que el Segundo judío es llamado mentiroso porque está viajando a Cracovia, lo cual es su meta real, pero el primer judío, que cree que está siendo modesto no puede aceptarlo. (*Pausa. Lewis no responde*) Parece que otra rana ha sido disecada. (*El teléfono suena y Freud contesta*) Hola... Sí, Max... ¿Cuánto más? (*Mira su reloj*) ¿Puede ser más antes?... Bastante grave... Entonces ¡no tengo opción! Te veo luego. (*Dirigiéndose a Lewis*) Mi médico está demorado. (*Se pone de pie*) Debería hacer más té.

Lewis: Realmente no se preocupe.

Freud: ¿No quiere té? ¿No es una herejía para un inglés?

Lewis: Podría ser deportado pero no, gracias. Creo que la sirena me quitó el apetito.

Freud: Usted estaba hablando de su “indicio” y su ateísmo.

Lewis: Tolkien y Weldom, sí. Weldom es un profesor muy respetado de civilizaciones clásicas. Es, además, un completo cínico y el hombre más amargo que he conocido.

Freud: Hasta ahora me gusta.

Lewis: Tomamos un trago una noche y surgió el tema de los Evangelios. Casi me caigo de la silla cuando este hombre dijo que hay fuerte evidencia que apoya la autenticidad histórica del Nuevo Testamento. “Parece que realmente sucedió”, me dijo.

Freud: ¿Cuánto estuvieron tomando?

¹² Se refiere a “El chiste y su relación con lo inconsciente” (1905).

Lewis: No lo suficiente. Cuando le dije lo impactado que estaba por escucharlo decir semejante cosa, él no podría haber estado más avergonzado ni más ansioso por irse. Luego de eso, no pude parar de pensar en ello. Si el ateo más militante que yo conocía, creía que los Evangelios eran ciertos, no había escapatoria...

Freud: Usted no puede estar diciendo que los Evangelios son literales. Se trata de mitos y leyendas.

Lewis: Pero ¿eso los convierte en mentiras? Unas pocas semanas después, Tolkien abrió mis ojos a una perspectiva diferente.

Freud: Este hombre que escribe “fantasías”.

Lewis: Sí. Dimos un paseo después de cenar una noche. Estábamos en el sendero de Addison, un camino del campus bajo hayas magníficas... Ah, veo que estamos de regreso en el bosque...

Freud: Parece que el diván le sentó bien...

Lewis: *(Sonríe)* Sí. Estuvimos debatiendo sobre mitos. Le dije a Tolkien que los disfrutaba artísticamente pero básicamente los veo como ficción, como mentiras, como lo hace usted. Tolkien me detuvo y dijo: “Está equivocado. Están lejos de ser mentiras. Son la manera del hombre de expresar verdades que de lo contrario serían táticas. Permiten entrever la vida que Dios hizo para nosotros. Me dijo que observara de cerca mi reacción ante ellas. Él dijo “Cuando lee mitos sobre dioses venidos a la tierra y sacrificándose a sí mismos, sus historias lo conmueven. Mientras que aparezcan en cualquier lugar menos la Biblia. La historia de Cristo es el mito más grande en el corazón de la historia humana”. Él dijo que los mitos paganos nacieron a través de Dios expresándose a través de los poetas. Pero el mito de Cristo es Dios expresándose a través de Él mismo. Lo que lo distingue es que Cristo realmente caminó por la tierra entre nosotros. Su muerte transformó el mito en verdad y transforma la vida de todos los que creen en él. Y esa es su elección, me dijo: creer o no creer.

Freud: Entonces usted gritó “¡Yo creo!” y los pájaros en los árboles chillaron “¡Aleluya!”.

Lewis: No del todo. Mi elección fue volver y examinar la evidencia. Esa noche fui a casa y comencé a releer el Nuevo Testamento. De manera crítica. Y como historiador literario, estoy perfectamente convencido de que sean lo que sean los Evangelios, no son mitos. No son lo suficientemente artísticos. Desde un punto de vista imaginativo son chapuceros, no funcionan. La mayor parte de la vida de Jesús se deja totalmente desconocida para nosotros y sus escritores, construyendo una leyenda, no hubieran permitido que sucediera.

Freud: Usted está convencido de la existencia de Cristo a causa de la mala narración.

Lewis: La existencia de Cristo no está en duda, sólo quién fue. Su historia fue contada por sus contemporáneos, historiadores romanos y judíos. Hasta H.G. Wells, cuyo escepticismo rivaliza con el mío propio, admitió “Aquí estuvo un hombre. Esta parte del cuento no podría haber sido inventada”.

Freud: Que ese Cristo fue un hombre no lo discuto. Lo mismo que Mahoma o Buda, quienes además se engañaron a sí mismos creyendo que ellos fueron más que eso.

Lewis: Pero Cristo no es lo mismo. Si usted hubiera llegado hasta Buda y preguntado si era el hijo de Brama, él le habría dicho que usted está en el valle de la ilusión. Si le preguntara a Mahoma si es el hijo de Alá, habría pensado que usted es un idiota y le habría cortado la cabeza. Sólo Cristo hizo la terrible afirmación de que era el Mesías. Y aseguraba tener el poder de perdonar los pecados; ¿cuán absurdo era eso?

Freud: Estoy convencido. Cristo era un lunático.

Lewis: Esa fue mi primera opción.

Freud: Es más que una opción, es una probabilidad. ¿Por qué tendría que tomar la afirmación de Cristo más seriamente que la de docenas de pacientes que he tratado que afirman ser Cristo?

Lewis: ¿Ha encontrado una sola persona cuyo concepto de la realidad fuera por el contrario sano?

Freud: *(Pausa)* No.

Lewis: Entonces dejemos de lado la posibilidad de que Cristo fuera un delirante por un momento. La segunda alternativa es que Él estaba conscientemente engañando a sus seguidores para otros propósitos.

Freud: Poder. Sus seguidores lo endiosaron. Él representó milagros con trucos de magia. Su estrategia fue un completo éxito.

Lewis: No llamaría éxito a ninguna estrategia que termina en crucifixión.

Freud: Si realmente murió. Su reaparición ante los discípulos después de la crucifixión podría haber sido diseñada para engañarlos.

Lewis: ¿Después de lo cual cambió su nombre, colgó un cartel de carpintero y nunca más fue reconocido? ¿Ni siquiera por sus enemigos desesperados por desacreditarlo?

Freud: Admito que es improbable.

Lewis: Entonces si el hombre no era ni lunático ni una farsa, me obligó a considerar la única elección con la que me quedé. Aquella tarde que conduje al zoológico, acepté que Jesucristo es el hijo de Dios.

Freud: Independientemente de sus enseñanzas.

Lewis: Reduciéndolo a un gran maestro es sólo ser condescendiente.

Freud: No afirmo que Cristo sea un gran maestro. Fracaso en la enseñanza totalmente como lo hizo en divinidad. Sus enseñanzas son ingenuas y destructivas.

Lewis: Estoy completamente en desacuerdo.

Freud: ¡Por supuesto que lo está! Si no su fe colapsa. (*Freud se pone cada vez más furioso*) ¿Cuáles de las enseñanzas de Cristo son realistas? ¿Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Es una imposibilidad tonta! ¿Poner la otra mejilla? ¿Debería Polonia poner la otra mejilla a Hitler? ¿Deberían amar a sus vecinos mientras los tanques alemanes aplastan sus hogares? O tal vez debieran seguir el ejemplo de Cristo e inmolarse, ya que los mansos heredarán la tierra. ¡Por supuesto que lo harán, serán enterrados debajo de ella! (*Freud saca su pañuelo. Su charla se vuelve mal articulada por su dolor*) ¿Piensa que es casualidad que Jesús exija a sus seguidores que sean como niños para entrar al cielo? ¿Es porque el hombre nunca ha madurado para enfrentar que está solo en el universo y la religión hace del mundo su guardería! Tengo una palabra para usted: ¡crezca! (*Silencio. Freud lleva otra vez el pañuelo a su boca. Pausa*) Perdóneme. Estos días mi humor está gobernado por mi cuerpo. (*Se da vuelta hacia Lewis. Su pañuelo está manchado de sangre*).

Lewis: Su labio está sangrando.

Freud: Es la prótesis. No encaja apropiadamente y raspa mi boca. Anna la llama “el monstruo”. Debo limpiarla y llamarla para que me la reajuste.

Lewis: Quizás su esposa esté pronto en casa.

Freud: Nadie más que Anna la toca.

Lewis: ¿Ni siquiera sus doctores?

Freud: No los doctores, especialmente. Treinta operaciones y debería haber aprendido de la primera. Me pusieron en una sala de recuperación del tamaño de un placard con otro paciente. Un enano hidrocefálico. Esto es verdad: estoy en mi catre. La toalla debajo de mi barbilla estaba toda empapada, la hemorragia no había parado nunca. Intenté llamar pero mi boca estaba llena de sangre. Casi me estaba ahogando. Fue el enano quien me salvó. Enfermo como estaba, se levantó de su cama y corrió por la enfermera. Si no fuera por él habría muerto. Encuentro un humor terrible en ello. El eminente intelectual salvado por un enano de cerebro dañado. Ahora, es una broma. ¿Puede haber una mejor?

Lewis: Quizás no. Pero si fuera una broma, ¿quién piensa que la hizo?

Freud: (*Pausa*) Usted podría decir algo importante. Su primera vez. (*Freud sale. Lewis va hacia la radio y la enciende*)

Locutor de la BBC: Asegúrese de que todos los miembros de su familia tienen encima su nombre y dirección, claramente escrito. Cosa una etiqueta en la ropa de sus hijos para que no puedan arrancarla. Continuaremos trayéndole más instrucciones y noticias a medida que estén disponibles. Hasta entonces, volvemos a nuestro programa musical con la banda militar de la BBC. (*La música comienza. Mientras Lewis escucha, inspecciona el escritorio de Freud y las docenas de antigüedades que casi lo cubren. Él levanta algunas examinándolas. Freud entra, apaga la música, se sienta en su escritorio y marca un número en el teléfono*)

Freud: Londres, 2473, por favor.

Lewis: ¡Esta sí que es una colección!

Freud: Gracias. La mayoría son objetos griegos, romanos y egipcios de más de 2000 años de antigüedad... (*En el teléfono*) Sí, María. ¿Ha comenzado Anna su conferencia? ¿Cuándo terminará? ¿La interrumpiría con un mensaje para que me llame? Gracias

Lewis: ¿Su hija enseña?

Freud: Sí y tiene además una práctica psicoanalítica para niños.

Lewis: Debe estar orgulloso.

Freud: Lo estoy. Ella es muy respetada. Temí que al seguir mis huellas, podría no dejar su marca propia, pero lo hará. Está muy dedicada a la ciencia.

Lewis: Y a usted, parece. (*Freud señala sus piezas*)

Freud: Dígame cuál es su favorita.

Lewis: (*Levanta una estatua*) Quizás ésta.

Freud: Eros, el dios del amor. Usted es un romántico.

Lewis: ¿Y usted: Buda, Zeus, Atenea? ¿Cómo llama usted al hombre que tiene su escritorio protegido por dioses y diosas?

Freud: Un coleccionista. Tengo una obsesión por ellos, lo admito. Tengo más de 2000 piezas, la mayoría en un depósito. No puedo ir a una nueva ciudad sin salir a buscarlas. Debo tener siempre un nuevo objeto para amar.

Lewis: Los objetos son más seguros que las personas.

Freud: Verdad. Y siempre he preferido los muertos a los vivos. Pero si a usted lo intrigan las personas, debería estar interesado en este...*(Freud le pasa a Lewis una tinaja con telas adentro)*

Lewis: ¿Vendas?

Freud: Sí, de una momia todavía manchada con fluidos de embalsamamiento. Los egipcios tenían una civilización extraordinaria.

Lewis: ¿Usted sabe qué significan estas marcas?

Freud: Me dijeron que son conjuros de “El libro de la Muerte”. Los protegen a este hombre en el más allá.

Lewis: Esta “extraordinaria civilización” ¿creía en la vida después de la muerte?

Freud: Creencias completamente diferentes a las suyas. La razón por la que los gobernantes eran momificados era para preservar sus corazones, donde se almacenan los registros de sus vidas.

Lewis: Sus almas, debería decir.

Freud: Si usted quiere. Después del entierro, eran llevados por Osiris, el dios del más allá, a la sala del Juicio donde sus corazones eran pesados. Un corazón puro era ligero, liviano como una pluma. Un corazón impuro era pesado por sus malas acciones. Si eran juzgados dignos, su esencia se levantaba en el universo para vivir entre las estrellas.

Lewis: El paraíso, en otras palabras.

Freud: En sus palabras.

Lewis: Es interesante para mí que los egipcios preservaran el corazón o el alma en lugar del cerebro. ¿No es cierto, doctor? ¿Descartaban el cerebro por inútil?

Freud: Usted conoce su egiptología.

Lewis: Lo que me gustaría saber es por qué todas las piezas de su escritorio son objetos sagrados.

Freud: Dígame, ¿espera usted reemplazarme en mi práctica? Yo estoy interesado simplemente en los sistemas de creencias antiguos. Incluso el suyo.

Lewis: Compartir todos los conceptos de Dios. Correctos e incorrectos, buenos y malos. Y elegir entre ellos.

Freud: Y si el bien está para ser elegido, entonces tu Dios que lo creó, también creó el mal. Le permitió a Lucifer vivir, para florecer, incluso para competir con él, cuando lógicamente él debería haber sido destruido.

Lewis: Dios le dio a Lucifer libre albedrío que es lo único que hace posible la bondad. Un mundo lleno de criaturas sin elección sería un mundo de máquinas. Son los hombres, no Dios, no Lucifer, quienes han creado las prisiones, la esclavitud, las bombas. El sufrimiento del hombre es culpa del hombre.

Freud: ¿Es ese su pretexto para el dolor y el sufrimiento? ¿Yo me provoqué mi propio cáncer? ¿O me está matando la venganza de Dios? *(Lewis por primera vez está dudando. Este es un tema con el que lidiará toda su vida)*

Lewis: No lo sé.

Freud: ¿No lo sabe?

Lewis: Y no pretendo saberlo. Es la pregunta más difícil de todas. ¿No es cierto? Si Dios fuera bueno, haría felices a todas sus criaturas. Pero no lo son. Entonces a Dios le falta bondad, poder... o ambos.

Freud: Estamos haciendo progresos.

Lewis: No puedo justificar su dolor. Tampoco puedo imaginar que Dios lo desee. A cierta altura no alcanzamos a comprender. Me pregunto si podría ser un tipo de herramienta.

Freud: ¿Para qué?

Lewis: No pensamos en Dios cuando estamos conduciendo por el campo, sólo cuando estamos atascados en las vías del tren y vemos venir el tren. Si el placer es un susurro, el dolor es un megáfono.

Freud: *(Levantándose)* Entonces el cáncer es la voz de Dios. Si le digo a Él que creo, mi tumor se regocijaría y desaparecería.

Lewis: Por supuesto que no.

Freud: No. Porque los hospitales están llenos de creyentes que Dios no trata mejor.

Lewis: ¿Y si Dios quiere que nos perfeccionemos a través del sufrimiento? Para hacer que nos demos cuenta que la real felicidad, no el momentáneo placer sino la eterna felicidad, puede venir sólo a través suyo.

Freud: ¿A partir de quiénes nos estamos perfeccionando? ¿De los ancestros bárbaros que mataban por lo que querían? Usted escuchó la radio. ¡Nada ha cambiado! Llevamos la autodestrucción dentro de nosotros

Lewis: Razón por la cual Cristo murió por nosotros.

Freud: ¿El pecado original?

Lewis: Sí.

Freud: ¡Sólo la presunción del mismo! ¿Qué simples hombres pudieran enfurecer a un Dios por comer una manzana? ¿Y Dios los recompensaría luego con la entrega de su Hijo para ser sacrificado, un cruel asesinato que los redimiría?

Lewis: Así es.

Freud: Estoy seguro que Hitler, el pequeño monaguillo que sirvió en la iglesia cada domingo, está de acuerdo con usted. Pero yo no puedo. (*Está con dolor y pierde la paciencia*) Hablamos lenguajes distintos. Usted cree en la revelación. Yo creo en la ciencia, la dictadura de la razón. No hay ninguna coincidencia.

Lewis: Existe también la dictadura del orgullo. Construye paredes que hace que las coincidencias sean imposibles. ¿Por qué es que la religión hace espacio para la ciencia pero la ciencia se niega a hacer espacio para la religión?

Freud: ¿Cómo de amplia fue la celda de Galileo cuando le dijo al Papa que el sol no se mueve alrededor de la tierra?

Lewis: La estupidez de los líderes de la Iglesia es blanco fácil. Pero mire nuestros científicos: ninguno acuerda sobre qué causó la extinción de los dinosaurios pero yo no siento ira contra ellos por no tener la respuesta. Entonces, ¿por qué es tan difícil aceptar que los teólogos no lo saben todo?

Freud: ¡Porque ellos se esconden detrás de su ignorancia! No podemos comprender, somos pequeños, ¡Él es poderoso! Mi hija Sofía murió de gripe española a los veintisiete años. ¡Madre, esposa, arrebatada de su familia! Pero ¿este era el plan de Dios si sólo soy lo suficientemente inteligente para entenderlo? Mi nieto Heinele murió de tuberculosis a los cinco años. ¡Cinco! ¡Qué brillante plan de Dios para matarlo! Hubiera deseado que el cáncer atacara mi cerebro. Luego, quizás, podría alucinar que hay un Dios y buscar venganza.

Lewis: (*Pausa*) ¿Cuán avanzado está su cáncer?

Freud: Está casi comiendo mi mejilla. Es inoperable. Es sólo cuestión de tiempo.

Lewis: ¿Cuánto tiempo?

Freud: Está en mí decidirlo. El doctor Schur y yo tenemos un pacto. El me prometió al principio que no me abandonaría en el final.

Lewis: (*Pausa*) ¿Está diciendo que cometerá suicidio?

Freud: Estoy diciendo que me mataré a mí mismo antes que lo haga el cáncer. No me mire de esa manera. ¡No necesita decirme que el suicidio está mal y es pecado!

Lewis: Ninguno mayor...

Freud: Entonces mire dentro de mi boca y verá que el infierno ya llegó.

Lewis: (*Pausa*) ¿Ha hablado con su esposa al respecto?

Freud: No tiene ningún sentido. Mi esposa comparte sus supersticiones. (*Freud toma una caja y saca un cigarro*) ¿Cigarro?

Lewis: No, gracias. ¿El fumar no agrava el estado de su boca?

Freud: Por supuesto. Pero estoy determinado a gozar el único placer sexual que me queda. He despedido mis etapas fálica y anal y regresé a mi etapa oral.

Lewis: (*Mirando su reloj*) Extraordinario.

Freud: ¿Qué?

Lewis: Que hemos estado hablando todo este tiempo y ésta es la primera mención del sexo.

Freud: Su definición es demasiado estrecha. Aplico el término sexual a todas las interacciones que traen sentimientos placenteros. Contacto genital, un bebé mamando del seno de su madre o el deleite de una niña de cuatro años de edad sentada en la rodilla de su padre. La sexualidad es la fuente de toda felicidad.

Lewis: Hay más felicidad que eso. El sexo es sólo uno de los muchos placeres dados por Dios y no el más duradero.

Freud: (*Mirando su reloj*) Extraordinario. Hemos estado hablando de sexo por menos de un minuto antes de que lo meta a Dios. Con todo, a pesar de la constante batalla con la propaganda de la Iglesia, hemos hecho grandes progresos para superar nuestras represiones.

Lewis: ¿Progresos? Hemos pasado de que el sexo sea un tema nunca hablado a ser incapaces de hablar de otra cosa que no sea sexo. Es como si lo hubiéramos inventado.

Freud: No hay apetito más poderoso.

Lewis: Pero su crecimiento ha sido ridículo en proporción a su función. Compárelo con nuestro apetito por alimentos. La audiencia de un striptease paga para ver a una chica quitarse su ropa. Pero ¿cuánto pagarían en

cambio para ver una chuleta de cordero desnuda? ¿No diría que están tomando su carne un poco demasiado en serio?

Freud: Pero el sexo es más complicado que el hambre.

Lewis: Al contrario. Nosotros simplificamos demasiado, convirtiéndola en la mentira de que el sexo, bajo cualquier circunstancia, es normal y saludable.

Freud: Entonces ¿usted es una autoridad en lo que hace a “normal” y “saludable”?

Lewis: Hay un código sexual a través del Antiguo y Nuevo Testamento. El sexo es un acto que debe ser compartido entre dos personas que se comprometen mutuamente.

Freud: ¡Ah, la Biblia! ¡Por un momento pensé que estaba usted pensando por sí mismo! La Biblia es un bestiario de la sexualidad. Usted cita textos selectivamente como un sacerdote decidido a aterrorizar a su congregación. ¿No sexo antes del matrimonio? No es sólo ingenuo, es una crueldad insensata. ¡Es como enviar un joven a realizar su primer concierto con una orquesta cuando las únicas veces que ha tocado su flauta estaba solo en su habitación!

Lewis: Entonces ¿usted practica el amor libre?

Freud: Por supuesto que no. Soy un hombre casado.

Lewis: Eso es completamente hipócrita.

Freud: ¡Para nada! Filosóficamente, defiende la libertad de la elección sexual. Personalmente, elijo no hacer uso de esa libertad.

Lewis: ¿Y cuando era más joven? ¿Antes de estar casado?

Freud: Conocí a Marta muy temprano. Nos enamoramos profundamente.

Lewis: ¿Y permanecieron monógamos por siempre? (*Freud lo mira a Lewis*)

Freud: ¿Está usted casado?

Lewis: No.

Freud: ¿Vive con alguien? ¿Una mujer? ¿Un hombre?

Lewis: ¿Perdón?

Freud: ¿La homosexualidad lo ofende? No debería. Todos los seres humanos son intrínsecamente bisexuales.

Lewis: Vivo con mi hermano y la madre de un amigo íntimo que murió en la guerra.

Freud: ¿Por qué es así?

Lewis: Prometí a mi amigo que cuidaría de ella y él haría lo mismo por mi padre si no lográbamos volver. (*Pausa. Freud espera por más. Lewis está incómodo*) La señora Moore y yo cuidamos el uno del otro, en realidad.

Freud: Pero su Hermano ¿no habría cuidado de su padre?

Lewis: Mi hermano también estaba peleando. No podíamos saber cuál sería nuestro futuro.

Freud: La señora Moore parecía serlo. ¿Cuánto tiempo ha tenido esta relación?

Lewis: No la llamaría “relación”.

Freud: Cualquier vínculo entre dos personas es una relación.

Lewis: Cuando estaba en el hospital en Francia, la señora Moore vino a cuidarme. Fue un gran consuelo.

Freud: ¿Cuántos años tenía ella?

Lewis: A principios de los cuarenta.

Freud: ¿Tiene la señora Moore nombre de pila?

Lewis: Janie.

Freud: Janie. ¿Pensó que Janie era atractiva cuando la conoció?

Lewis: Era la madre de mi amigo.

Freud: Lo que podría hacerla más atractiva.

Lewis: Me ofende su implicación y mi vida personal no le concierne.

Freud: Su conversación sí. Usted vivió con ella en sus días como ateo. Muchos hombres que pierden a sus madres a temprana edad, son atraídos hacia mujeres maduras. En este momento, aún está con ella pero pregonando abstinencia sexual. Por eso me gustaría saber si su conversión ha causado esta recién descubierta virginidad

Lewis: No voy a discutirlo más.

Freud: Como usted desee. Pero siempre considero lo que las personas me cuentan menos importante que lo que no quieren contar. (*Suena el teléfono. Freud contesta*) Hola, Anna, sí. Lo haré pero debes venir a casa inmediatamente... Me está cortando la mandíbula... ¡Entonces cancélala! Te necesito aquí. Bueno. Bueno. (*Freud cuelga el teléfono. Lewis levanta una fotografía del escritorio de Freud*)

Lewis: ¿Es ésta su Anna?

Freud: Sí.

Lewis: ¿Está casada?

Freud: No.

Lewis: Me sorprende. Ella es una mujer atractiva y bien dotada. Entre sus colegas y los suyos, estoy seguro que no faltan jóvenes elegibles.

Freud: No es una tarea simple para nosotros elegir la pareja correcta.

Lewis: Quiere decir para Anna.

Freud: Por supuesto.

Lewis: ¿Ella está viendo a alguien? ¿Hombre? ¿Mujer? O ambos, dado que somos intrínsecamente bisexuales.

Freud: Con su práctica y la enseñanza no tiene tiempo.

Lewis: Excepto para usted. Usted es muy afortunado. Considerando especialmente que ella es la única persona a la que usted le permite tocar su boca.

Freud: Anna es una profesional.

Lewis: Una doctora.

Freud: No. Le dije que es miembro de la Sociedad Psicoanalítica.

Lewis: Pensé que era necesario para sus miembros ser médico.

Freud: Hay excepciones. Anna presentó un artículo que fue muy bien recibido.

Lewis: Lo debe haber sido. ¿Cuál fue el tema?

Freud: *(Pausa)* Fantasías sadomasoquistas.

Lewis: ¿Basado en los tratamientos de los pacientes de ella?

Freud: Basado en su propio análisis.

Lewis: ¿Quién fue su analista?

Freud: Yo lo fui. *(Pausa)* ¿Tiene más preguntas?

Lewis: Oh, sí, pero no me atrevería a hacerlas. Sólo voy a recordarle su más reciente observación. Lo que las personas dicen es menos importante que lo que no quieren decir. *(Freud no contesta pero enciende la radio)*

Locutor de la BBC: ...con la completa destrucción de la fuerza aérea polaca por la fuerza aérea alemana. Las víctimas militares y civiles se calculan en más de 20.000, un número que inevitablemente crecerá si los bombardeos alemanes continúan. El rey Jorge se dirigirá a la Comunidad Británica desde el palacio de Buckingham dentro de una hora. Hasta entonces, regresamos a nuestro programa musical. *(Comienza la música clásica. Freud apaga la radio)*

Lewis: *(Sacudiéndose)* 20.000 muertos en dos días. Es imposible asimilarlo.

Freud: Sí.

Lewis: Y usted se quiere morir.

Freud: Para mí, la muerte sólo puede ser un consuelo.

Lewis: ¿Pero para su familia? El suicidio es como una muerte recurrente. Los sobrevivientes reviven esa muerte y su fracaso para prevenirla. Les está dejando un dolor interminable.

Freud: Ellos deben verlo como misericordia. Ya he tomado la decisión. *(Se incorpora)* No tengo fuerzas para sermones. Hasta su Biblia no toma posición en ningún sentido. Saúl cayó sobre su propia espada antes que permitir que sus enemigos lo mataran.

Lewis: Y Judas se suicidó luego de traicionar a Cristo, ambos actos cobardes. Dios da la vida, sólo Dios puede quitarla.

Freud: Mis padres me dieron la vida y esa vida es mía, no de ellos.

Lewis: Santo Tomás de Aquino cree eso.

Freud: ¡A mí no me importa lo que crea Santo Tomás! ¡Él condena el suicidio pero predica la pena de muerte! *(A Lewis)* ¿Cómo alguien con su inteligencia puede ver el mundo en blanco y negro cuando hay miles de colores alrededor suyo?

Lewis: ¿Se lo ha dicho a Anna?

Freud: ¿Qué me estoy muriendo? Por supuesto que ella lo sabe.

Lewis: ¿Qué planea matarse usted mismo?

Freud: ¿Por qué haría eso? Sólo le traería sufrimiento a ella.

Lewis: La está protegiendo, entonces. ¿O tiene miedo que ella piense que está mal? Trate de hablar del asunto.

Freud: Usted es bastante persistente. Es el más común de los rasgos de los conversos. Y de los alcohólicos recuperados. *(Freud enciende la radio, se oye música, la apaga inmediatamente)*

Lewis: Usted hace eso todo el tiempo.

Freud: ¿Perdón?

Lewis: Apagar la música. Lo hace todo el tiempo.

Freud: Estamos esperando las noticias.

Lewis: Entonces ¿por qué no bajar la música en lugar de apagarla?

Freud: A usted le gusta la música.

Lewis: Mucho.

Freud: Música sacra, sin dudas.

Lewis: Realmente odio los himnos.

Freud: ¿Si?

Lewis: Son como bañar una barra de chocolate en azúcar. Insoportablemente empalagosos. Los himnos me echan a patadas de la iglesia temprano cada domingo. Me voy luego de la comunión y me cruzo por una cerveza. Allí, estoy feliz de escuchar cualquier música que esté sonando. ¿Por qué no puede usted?

Freud: Las obras de arte tienen un efecto poderoso sobre mí pero la música me desconcierta. Algo dentro de mí se rebela contra ser emocionado por una cosa sin saber por qué eso me emociona. Es como que se dirijan a usted en lengua extranjera y que le pidan que esté de acuerdo con una declaración que no puede comprender.

Lewis: La atracción de la música es su apelación a las emociones, no al cerebro.

Freud: Lo entiendo.

Lewis: Pero usted está diciendo que si no puede procesar sus sentimientos intelectualmente, entonces ellos no existen para usted. Se niega simplemente a estar emocionado.

Freud: Me niego a ser manipulado. Para mí, toda es música de iglesia.

Lewis: Mi oposición a la música de iglesia es porque trivializa las emociones que ya tengo. Pienso que usted tiene miedo de sentir en absoluto. *(Pausa. Freud se siente ofendido)*

Freud: ¿Es ése su diagnóstico, doctor?

Lewis: No es todo. También pienso que usted es terriblemente egoísta, poniendo su dolor por encima del dolor de aquellos que ama. Usted se miente a sí mismo pensando que quiere controlar su muerte como controla su mundo y a su hija. Piensa que puede superar su miedo escondiéndose tras su escritorio de dioses muertos pero la verdad es que está aterrorizado.

Freud: Usted no sabe nada.

Lewis: Yo sé que cuando sonó la sirena, no se comportó como un hombre consolado por ser su último día. Usted corrió por su máscara de gas.

Freud: ¡Como usted! ¿En qué creyó en ese momento, en Dios o en la muerte? Su fe desapareció tan rápido como su preciosa alegría, porque debajo de todas sus mentiras autoprotectivas, usted sabe que Él no existe. *(Freud saca su pañuelo tocándose su labio)*

Lewis: ¿Dónde está su alegría? ¿Alguna vez la sintió? ¿La ha encontrado a través de alguien, alguna cosa, en su vida entera?

Freud: Encontré la verdad que usted no puede afrontar: ¡que el fin es el fin! ¡Usted entierra sus dudas tan profundamente como lo hace con sus recuerdos de la guerra porque en su corazón no es más que un cobarde! *(Freud tira el pañuelo lejos. Está empapado con sangre. Lewis salta a sus pies)*

Lewis: ¡Siéntese, aquí! Llamaré una ambulancia...

Freud: *(Discurso pastoso)* ¡No! ¡Nada de hospital! ¡Toallas! ¡La pileta! *(Freud gesticula señalando la entrada de la habitación. Lewis sale corriendo. Freud mete los dedos en su boca, tratando de quitarse la prótesis pero el dolor es intenso. Freud se detiene, boqueando. Intenta otra vez, de espaldas a la audiencia pero comienza a asfixiarse. Lewis entra corriendo con toallas. El ahogo de Freud es más violento)* ¡Apúrese! ¡Apúrese! *(Gesticula hacia su boca. Freud abre su boca, Lewis la toca, Freud grita de dolor y Lewis retrocede. Freud le toma la mano y lo acerca)* ¡Sáquemela! ¡Sáquemela! *(Lewis mete su mano en la boca de Freud tratando de agarrar su prótesis, luchando con ella mientras Freud boquea para respirar. Lewis tira una y otra vez, finalmente la saca forzándola. Lewis le alcanza una toalla)*

Freud: ¡Agua! *(Lewis va al escritorio, llena un vaso con agua, se lo da a Freud. Freud la enjuaga y se la coloca nuevamente)*

Lewis: ¿Quiere recostarse? *(Lewis se sienta en el diván. Los dos están exhaustos por el esfuerzo y el susto)*

Freud: *(Débil)* El monstruo. Casi ganó.

Lewis: ¿Tiene algo para el dolor?

Freud: El escritorio. Píldoras. El cajón de arriba. *(Lewis va al escritorio, encuentra el frasco de píldoras y lo mira)*

Lewis: ¿Aspirina? ¿Nada más fuerte? *(Freud toma la aspirina, Lewis le da el vaso que aún tiene agua)*

Freud: Tengo que pensar claramente. *(Freud traga la aspirina y se pone cómodo. Ambos están angustiados)* Por favor, váyase.

Lewis: Por supuesto que no. Estaré con usted hasta que llegue alguien.

Freud: No... *(Freud tose, toma una toalla, poniéndosela en su boca)*

Lewis: No hable.

Freud: A usted... *(tose)* le gustaría...*(sonido de aviones a la distancia. Ambos lo escuchan. El sonido se hace más fuerte, se vienen acercando. Ambos miran hacia arriba, nerviosos. Pausa)* ¿Bombarderos? *(El sonido de los aviones es más fuerte aún. Forzándose a sí mismo, Lewis se levanta. Camina hacia la puerta de cristal, la abre y mira al cielo, aliviado)*

Lewis: Aviones de transporte. Nuestros. *(Freud toma eso y hace silencio)* Lo admito. Estaba asustado.

Freud: Sí, yo también.

Lewis: ¿Qué estábamos pensando? Era una locura pensar que podríamos resolver el mayor misterio de todos los tiempos en una mañana.

Freud: Una sola cosa es una locura mayor. No pensar en ello para nada. *(Suena el teléfono. Lewis se levanta para atender)* No, no. Yo puedo hacerlo. *(Freud se levanta y Lewis lo ayuda. Va camino al teléfono)* ¡Hola! *(Pausa)* Sí, María. Ah, gracias. *(Corta)* Anna estará aquí en cualquier momento. Llamaré un taxi.

Lewis: Preferiría caminar hacia la estación. Tomar algo de aire. *(Chequea su reloj)* Hay un tren para Oxford en una hora.

Freud: Lo acompaño hasta la salida.

Lewis: No es necesario. *(Freud se sienta. Pausa)* Siento haberlo decepcionado.

Freud: No, la ofensa fue mía.

Lewis: No hablé de ofensa. Dije que lo he desilusionado. *(Pausa)* Mi idea de Dios cambia constantemente. Él la hace añicos una y otra vez. Todavía creo que el mundo está lleno de Él. Él está en todas partes. De incógnito. Y su incógnito... es tan difícil de penetrar. La verdadera lucha es seguir intentando. Venir despierto. Entonces permanecer despierto.

Freud: Uno de los dos es un tonto. Si usted tiene razón, será capaz de decírmelo. Si yo tengo razón, ninguno de los dos jamás lo sabrá. La muerte es tan injusta como la vida. Adiós, profesor. Nos volveremos a ver, quizás. *(Lewis le da la mano)*

Lewis: Si Dios quiere.

Freud: Espere. ¿Recuerda el chiste en mi libro sobre el pastor y el ateo del pueblo?

Lewis: No.

Freud: El ateo del pueblo era agente de seguros. Él le pidió al pastor local si podía atenderlo de urgencia. La familia del ateo estaba anonadada. Él estaba sobre su lecho de muerte, ellos no podían creer que tuviera la fuerza para hablar con el pastor del pueblo. Bueno, los dos hombres discutieron todo el día, luego toda la noche hasta que, finalmente, al amanecer, el pastor agotado salió dando tumbos de la casa. El aldeano había muerto ateo todavía. Pero el pastor estaba totalmente asegurado.

Lewis: Ahora eso es gracioso. Si sólo hubiera tal cosa.

Freud: ¿Humor?

Lewis: Seguro *(Lewis sale. Freud se sienta y luego enciende la radio. Se oye la voz del rey Jorge)*

Rey Jorge: “En adelante podría haber días oscuros y la guerra ya no puede limitarse al campo de batalla. Pero sólo podemos hacer lo correcto, como vemos lo justo, y reverentemente comprometer nuestra causa a Dios. Si todos y cada uno nos mantenemos firmemente fieles a ella, listos para cualquier servicio o sacrificio que se nos pueda exigir, con la ayuda de Dios, prevaleceremos. Que Dios nos bendiga a todos nosotros”. *(Freud suspira)*

Locutor: Fue el Rey Jorge VI dirigiéndose a la Nación desde el Palacio de Buckingham. Volvemos al programa musical de la orquesta de la BBC hasta nuestro próximo boletín. *(Freud se levanta para apagar el programa musical. Se detiene y en su lugar, levanta el volumen. Freud se sienta, mirando la radio como si intentara descifrar la música. Las luces se desvanecen)*

Fin